

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

PALMA ALTA, 32 DUPLICADO

PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN  
EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

Toda la correspondencia, así política como administrativa, á nombre de

**D. Miguel Sawa.****15 CENTIMOS NÚMERO**  
**Idem atrasado, 30.**

A CORRESPONSALES Y VENEDORES

**25 Números, 2,50 pesetas.**

## UNO DE TANTOS

Se hablaba de la muerte de un canalla,  
ambicioso insaciable,  
que á costa de mil robos y mil crímenes  
pudo llegar á ser un personaje.  
Comentaban su muerte, y nadie había  
que tuviera una frase  
de sentimiento, compasión ó lástima  
para aquel opulento miserable;  
mas de pronto dijo uno: —«Yo, señores,  
tan sólo le deseo que descanse  
en santa paz. ¡No me ha hecho ningún daño  
y no tengo por qué vituperarle!»  
Se grabaron en mi alma estas palabras  
con un eco vibrante,  
y sólo en ellas vi ¡el egoísmo  
ruin y despreciable!

TOMÁS GUTIÉRREZ PERRÍN.



ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN MADRID...	Un mes..... 1 pesetas.
	» trimestre..... 2,50 »
	» año..... 10 »

FUNDADOR  
**EDUARDO SOJO**

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN PROVINCIAS.	Un trimestre..... 3 pesetas.
	» semestre..... 6 »
	» año..... 12 »
EXTRANJERO...	» año..... 15 »

## UN DEMENTE

—¿Qué es de ti, chico?—le pregunté—. No se te ve por ninguna parte. Para dar contigo hay que venirte á buscar á esta tienda de Aquiles, á donde te has retirado como los cenobitas al yermo.

Se levantó, se aseguró de que nadie nos escuchaba, cerró cuidadosamente la puerta y, volviéndose á mi, díjome con aire lleno de misterio:

—Me ocurre una gran desgracia. Sólo á un amigo como tú la confesaría. ¡He perdido el juicio!

—¿Qué tontería!—exclamé—. ¿De dónde ha podido venirte tan extraña imaginación? ¿No comprendes la contradicción que encierra? Ningún loco da en la manía de imaginarse que lo es. El loco que conociera su locura ya no sería loco.

—Es un error—replicó—. Hay un delirio razonante que es el que yo padezco. ¿Cómo llamarías tú al que en todas las cosas, sin excepción alguna, pensara de una manera diferente de como piensan los demás?

—Le llamaría raro, extramódico, excéntrico, extravagante...

—Originalidad, extravagancia, manía, demencia, ¿qué son sino los términos de una serie? ¿Es otra cosa la vesania más que la incoherencia de las ideas que nos pone en pugna con el sano sentido común?

—¿Y en qué consiste tu perturbación?

—Mi perturbación consiste en encontrar racional á lo disparatado, y lógico á lo absurdo. La dialéctica hace bancarrota en mi cerebro. Entre el principio y la consecuencia, mi entendimiento sufre extravío. Adolezco de una dislocación de silogismo. ¿Lo entiendes ahora?

—Menos que antes.

—Lo entenderás en cuanto que haya puesto algunos ejemplos. ¿No es evidente que los hombres públicos que han regido los destinos de España de veinticinco años á la fecha son los principales causantes de su ruina y abatimiento? La opinión pública así lo ha estimado, y yo con ella. Pero la opinión sensata ha sacado en consecuencia que era preciso confiar la regeneración de la patria á esos mismos hombres que la perdieron. Yo, como estoy loco, les hubiera hecho expiar su crimen, ó su imprudencia, y cuando menos los hubiera arrojado á escobazos. Ya ves que mi demencia no es tan pacífica como parece, y tiene sus accesos de furiosa.

Todo el mundo conviene en que la ignorancia nos ha llevado al abismo. Los cuerdos infieren de aquí que es necesario dejar indotada á la instrucción pública, consentir que los maestros sigan muriendo de hambre y confiar al marqués de Pidal la dirección de la enseñanza. Yo, en mi frenesí, hubiera sacado de la tierra 200 millones al año para consagrarlos á esta primordial atención. Hubiera traído del extranjero maestros que nos desasnaran. Hubiera enviado á Europa millares de pensionados para que allí lo aprendiesen todo, desde las más altas especulaciones filosóficas, hasta el arte de fabricar quesos. Dios sabe hasta qué punto me hubiese arrastrado mi delirio.

Los yanquis, herejes, nos sentaron las costuras á los ortodoxos españoles. De este hecho, los discretos han sacado la moraleja de que, para evitar la repetición de males amañados, es indispensable perseguir la herejía y el libre-pensamiento, extremar las exterioridades de la

devoción y meternos en la frailocracia hasta el cogote. Yo habría pensado que urgía hacer con la Edad-Media un corte de cuentas y plantarnos de un solo salto en el siglo XX.

La sociedad española tenía que transformarse de arriba abajo. Una revolución completa, total, absoluta, se hacía indispensable. Como nada debía conservarse, vinieron los conservadores. Es la lógica de los cuerdos. Yo, insensato, lo entiendo de otro modo. Para hacer una revolución habría apelado á los revolucionarios. Para transformar la sociedad de arriba abajo hubiera echado mano de los radicales. ¡Mira tú qué disparate! De prevalecer mi manía nos hubiéramos perdido, entre otras buenas cosas, los presupuestos de Villaverde.

Y así en todo. Mi lógica se da de bofetadas con la de los demás. Ellos y yo pensamos á contrapelo. ¿Hay dudas acerca de la culpabilidad de los condenados en Montjuich? Lo mejor, según la sensatez, es no aclarar esas dudas. ¿Estiman las Cámaras de Comercio que del régimen actual derivan todos nuestros males? Lo que procede, en razón, es declararse neutral entre ese régimen, que ha perdido á España, y otro que pudiera salvarla. Juzgan los republicanos que su espantoso fracaso es efecto de su desunión? Lo oportuno, lo que demanda el buen juicio, es seguir como hasta aquí, tirándose los bonetes... Y yo, erre que erre, pensando todo lo contrario.

—Pues mira—le dije—, en ninguno de los ejemplos que has citado encuentro el menor síntoma de la enajenación mental de que dices adoleces.

—¿Cómo que no?—gritó colérico mi amigo—. ¿Prendes, por ventura, que crea que todo el mundo ha perdido aquí la chaveta y que yo soy el único, ó poco menos, que conservo uso de razón?

ALFREDO CALDERÓN.

## LA CANCIÓN TRISTE

D'aquel hombre extraño  
que esta mañana se arremanció  
la gente en un corro  
s'apiña alreor

Parece que de tierras lejanas el probe  
dista aquí llegó:  
tié la barba blanca,  
los ojos azules y dulce la voz...  
los ojos azules y hundiós que miran  
que da compasión!

De toico lo c'habla  
ni una palabrita siquía se entendió;  
pero entorna los ojos y triste  
canta una canción...  
¡más tristel... ¡más tristel...  
¡como nunca de triste se oyó!

Mienta cosas cantando que naide  
por aquel q'ice sabe lo que son:  
unas palabritas llenas d'amargura  
y otras palabritas llenas de durzor...  
pero por el deyo tan triste ¡tan tristel!  
llega al corazón  
y es verdá que ninguno lo entiende  
¡pero lloran to!

Parece c'habla mentando su tierra

y quereres c'allí se dejó...  
paece c'habla de hijos y c'habla de nietos  
y d'argo c'al cielo se llevara Dios...  
Y se esjarna su pecho en queijos  
ca ves que se gñelve pa ande sale el sol  
y se ve que se mojan sus ojos  
y se siente que tiembla su vos.

Mocicos y viejos  
sienten la canción  
del tonico triste  
coma nunca de triste se oyó,  
y es verdá que ninguno lo entiende  
¡pero lloran to!

VICENTE MEDINA.

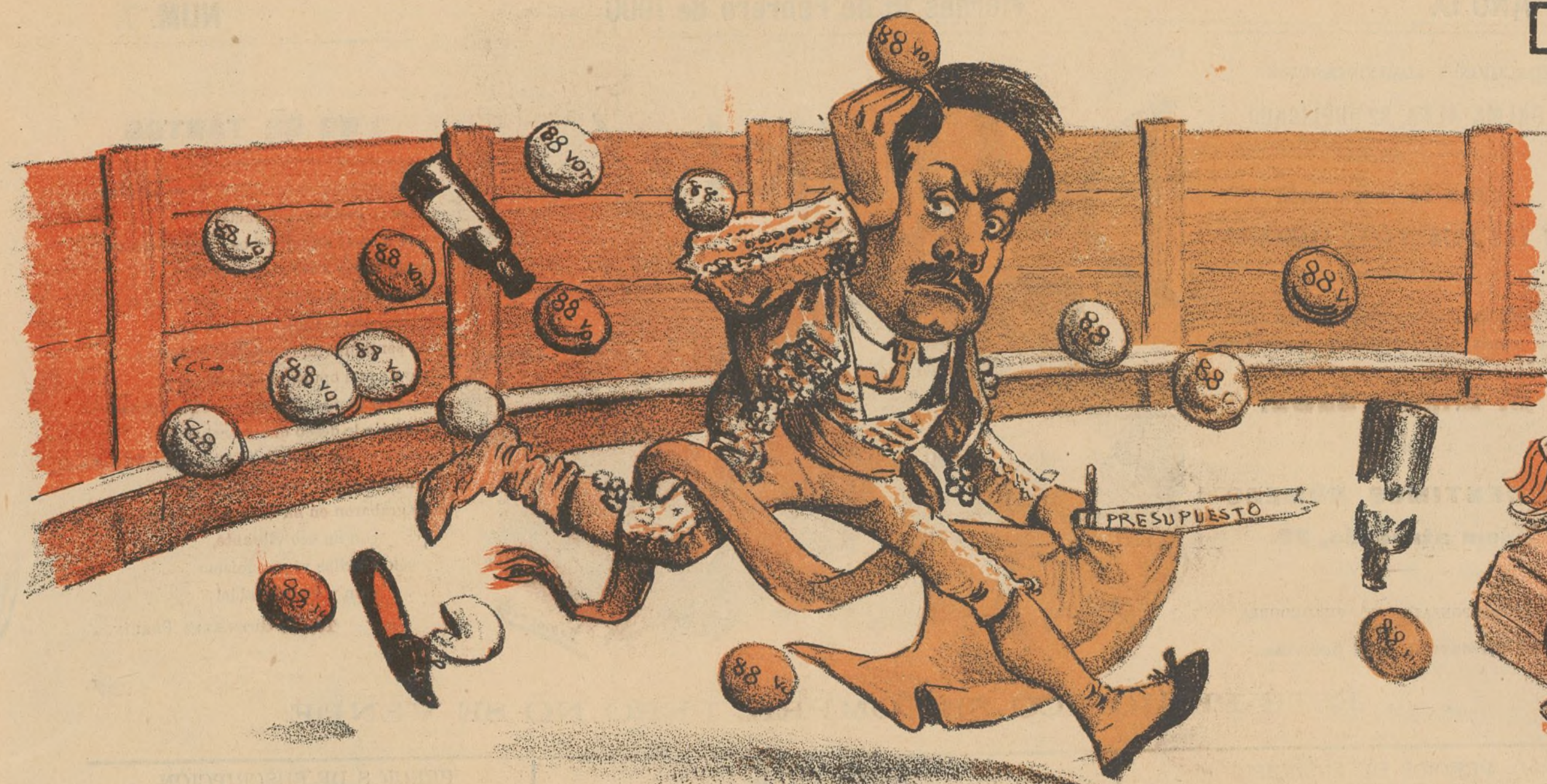
## DISCURSOS Y PUÑETAZOS

En la penúltima quincena se han pronunciado en Madrid en asambleas, mítins, etc., unos 5.500 discursos, según un colega que lleva la cuenta y que creemos la lleva bien. Continúan funcionando todavía siete, de los catorce Congresos—sin contar con el Congreso nacional... de Silvela, de los que tenían que reunirse este mes en la capital de España—, de manera que no es aventurado suponer que se pronuncien otros 5.500 discursos aún, sumando, por tanto, 11.000 oraciones. No queremos añadir á esta respetabilísima suma la que arrojarán banquetes, veladas, mítins y otras reuniones que el día 11 se celebraron en España, en conmemoración del 11 de Febrero; entonces la cifra resultaría enorme, verdaderamente aterradora. Como síntoma para apreciar la incontinencia patológica que nos ha acometido á los españoles, basta con los 11.000 discursos. La elocuencia es un arte que ha florecido generalmente en la época de decadencia de los pueblos, que por desgracia no han podido producir á la vez á los hombres de acción—á los verdaderos hombres—y á los hábiles retóricos, á los artífices consumados de la palabra; ya dice una sentencia popular que las águilas reales son mudas y parleros los pequeños jilgueros. País de jilgueros es el nuestro, y por esto se oye sin cesar este guirigay tan estéril como ensordecedor. Porque lo más lamentable de esos 11.000 discursos es que de todos juntos no se puede extraer el jugo de una sola idea. ¡Es abrumador el meditar los millones de tonterías, los millones de insulseces, los millones de estúpidas barbaridades que esa legión oratoria habrá dicho en quince días de lengua suelta y expedita. La superioridad de la acción sobre la palabra es indisputable. El más fuerte y brutal de los insultos causa menos daño, es considerado como menor ofensa que una bofetada, por ligera que sea. Los animales valientes, las más fieras alimañas, no necesitan excitarse para combatir, haciendo uso de la lengua. Únicamente los seres débiles, y el hombre es el más débil de todos, para luchar necesitan animarse con la voz. Acogiéndome segunda vez á la sabiduría popular, lo confirmo: perro ladrador, poco mordedor. Por eso ni muerde, ni ha mordido, ni morderá á nadie esta inofensiva nación de perros ladrones, ó si queréis más eufónica la expresión, de perros discursantes. Mientras cada día se demuestra más y más la eficacia de los mojicones como suprema terapéutica de los males sociales y políticos, aquí siguen las gentes dedicadas á la indignación platónica, con



# DON QUIJOTE

El hombre de los zancos.



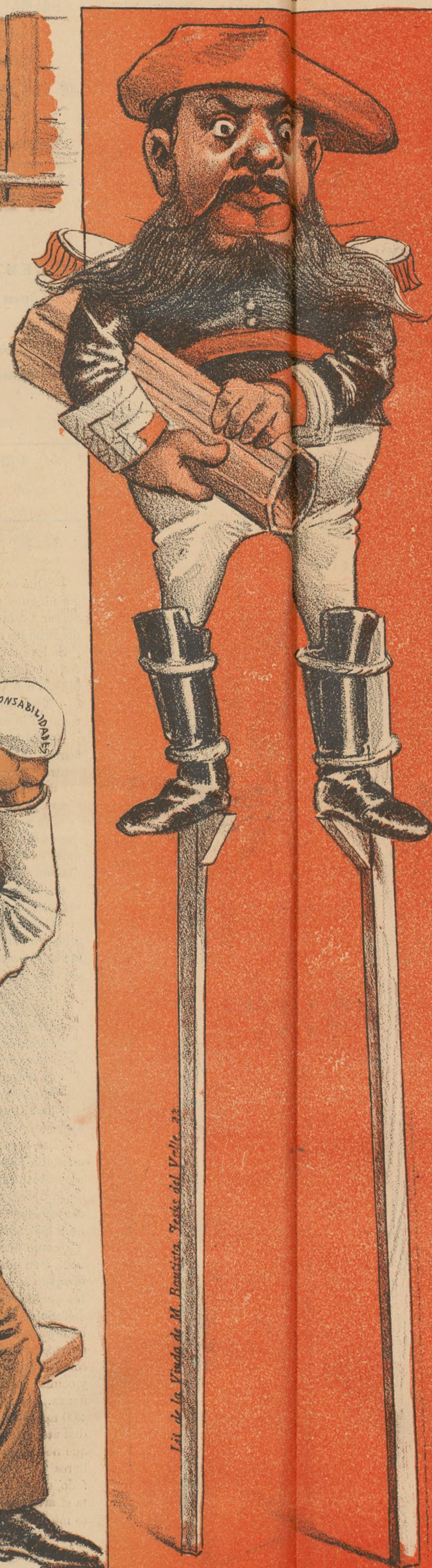
¡Al corral! ¡Al corral!



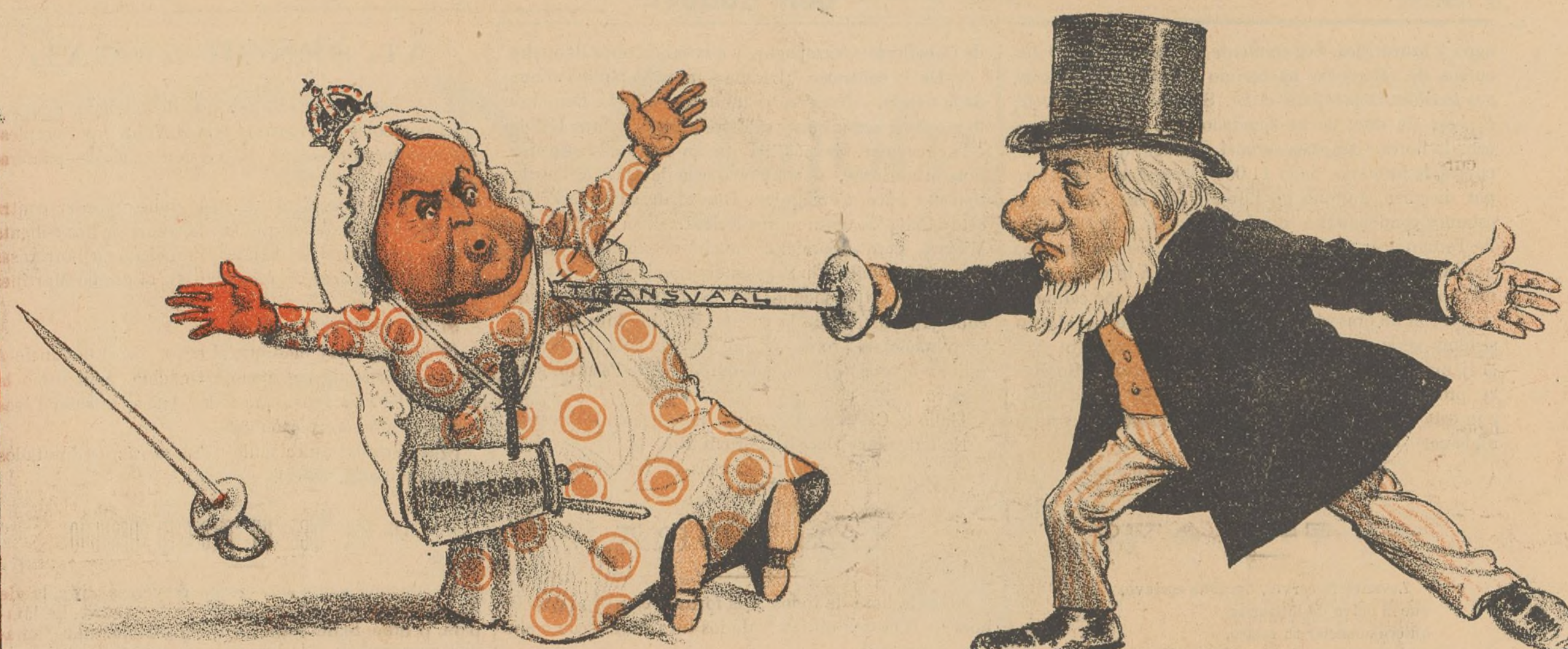
¡Qué vergüenza!



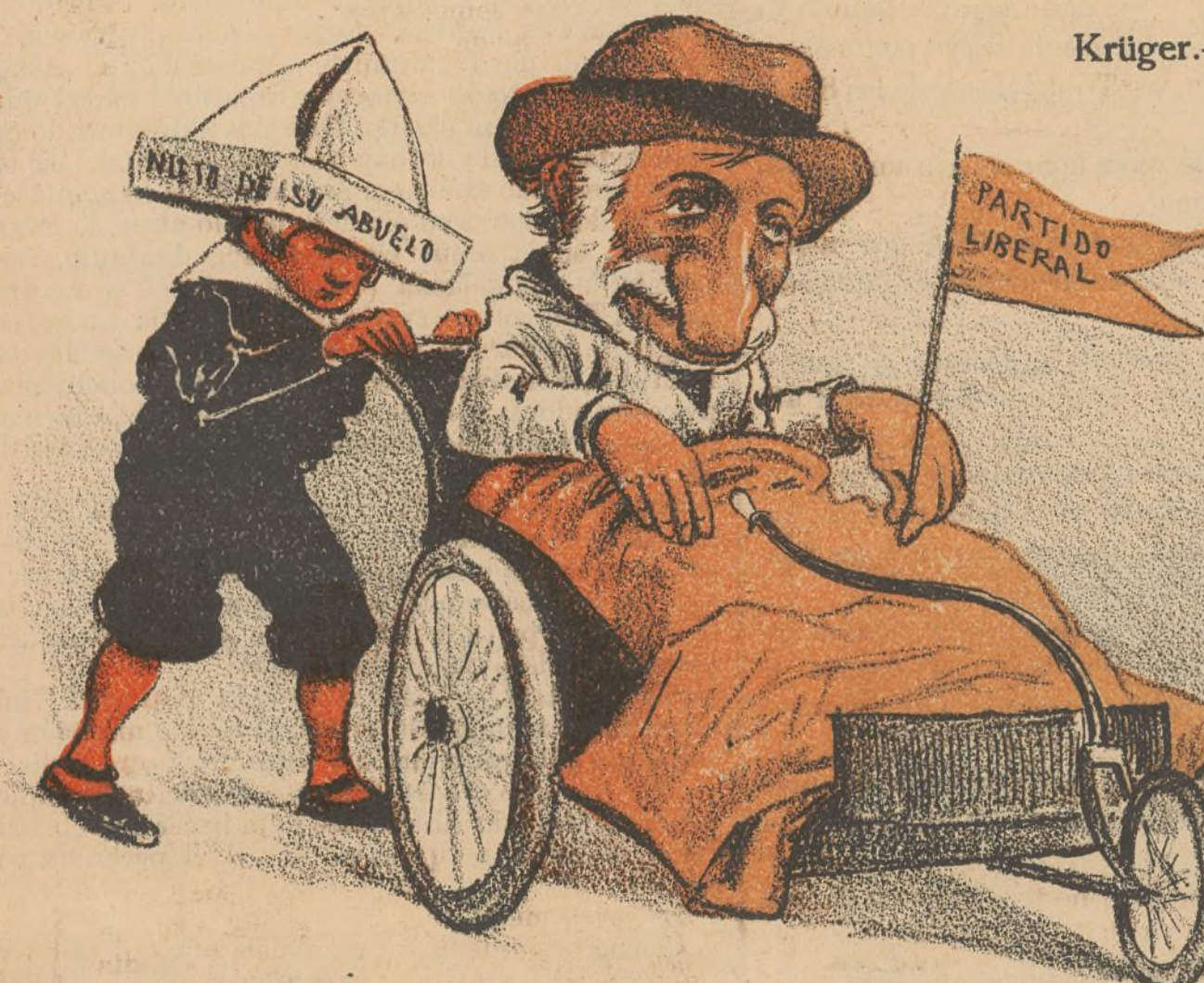
En la calle tiro piedras,  
y al que le dé que perdone.  
¡Se han perdido las colonias!  
¡Ya no tenemos... riñones!



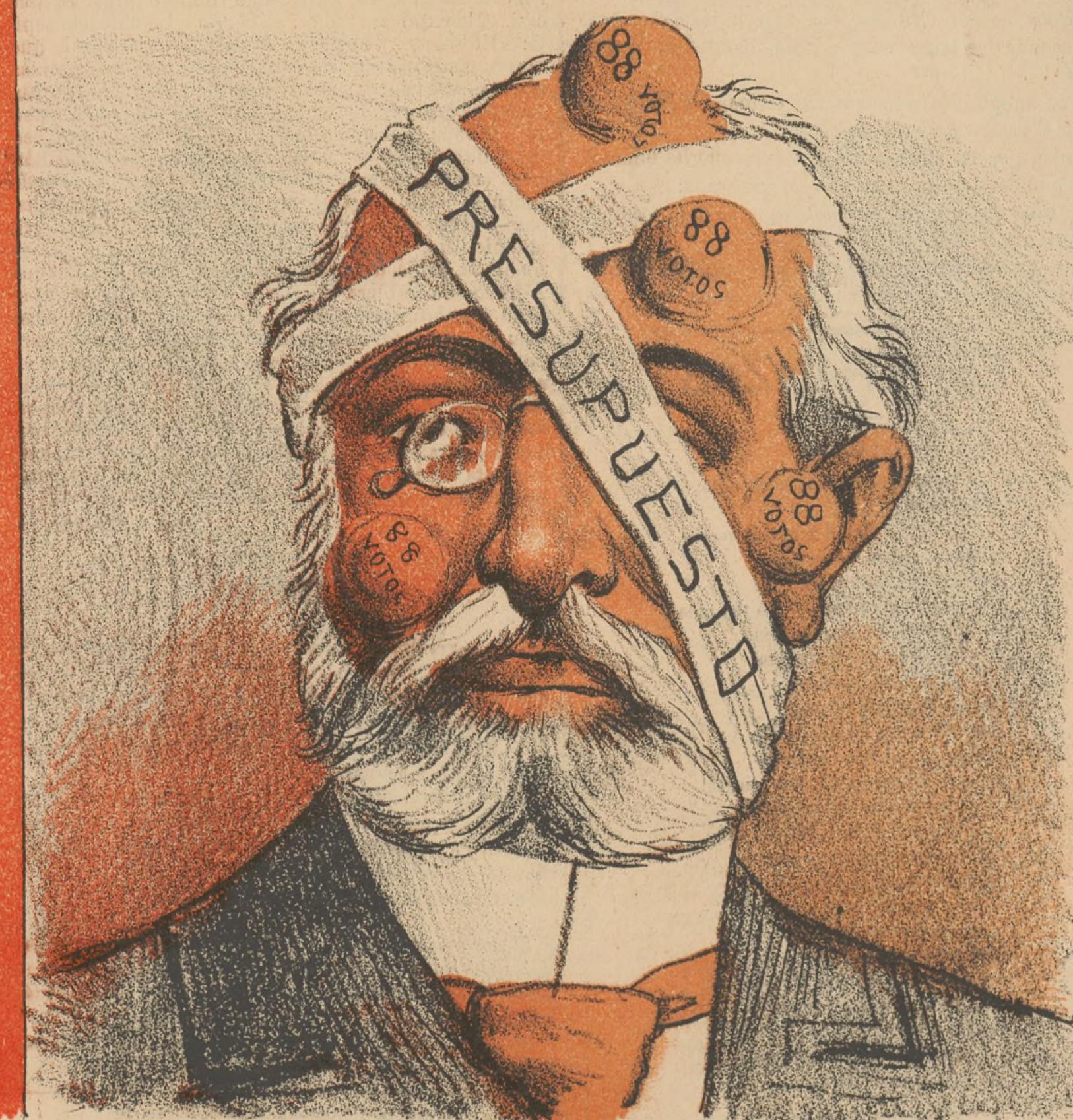
¡Que bajo!



Krüger.—¡Toma chocolate!



La última esperanza de la patria.



Ecce-Silvela.



La opinión de Juan del Pueblo.



agua y azucarillos. Seguramente que en los 11.000 discursos de referencia ha habido sus *violentas censuras*, sus *terribles ataques* para el Sr. Silvela. El Sr. Silvela, á pesar de esto, se ha quedado como si le hubieran echado flores. Otra cosa sería si, en lugar de 11.000 discursos, le hubieran dado 11.000 puñetazos, á puñetazo por discurso, aunque no hubiera sido más. Pero aquí estamos condenados á retórica perpetua. Los del duque de Tetuán, que son los únicos puños decentes que nos quedan, se han retirado, por desgracia, á la vida privada. No hay, pues, más remedio que sufrir con calma el chaparrón de oratoria generadora. ¡Cuando con el otro sistema sería todo tan expedito! Ahí, si no, ahí está el ejemplo: Chamberlain, Salisbury, Devonshire, Rosebery, pronuncian un discurso diario; Krüger no ha dicho aún esta boca es mía, y se está merendando crudos á los ingleses!

JOSÉ DE CUÉLLAR.

## AL ESCLAVO

Levanta la cerviz, humilde esclavo,  
que el polvo de la tierra  
quiere ensuciar tu rostro,  
y la mancha es el signo de la afrenta.  
Levanta la cerviz y clama al cielo,  
libertad demandando con nobleza,  
que si Dios es tan bueno y tan clemente,  
su justicia tan recta,  
cuidará de tu bien y te hará libre;  
libre es el humo y aire es su existencia.  
El bárbaro señor que te esclaviza,  
es hombre como tú, y en la alta esfera  
que ocupa, te somete á privaciones,  
envilece tu alma y la envenena.  
El bruto, sin temor, cuando le agobia  
el peso de la carga, desenfrena  
su boca, con el brío y el coraje  
que le presta el empuje de sus fuerzas.  
El ruiseñor, que halaga con sus cantos  
de la elegante dama las orejas,  
aunque preso en los fúlgidos metales  
de la afrentosa reja,  
es mimado, atendido por la dama,  
que con empeño lo acaricia y besa.  
Eres sólo el esclavo que padece:  
tu señor te maldice y te desprecia;  
eres cosa, no sér con alma noble,  
rey de la creación y obra maestra.  
Rompe el dogal que al misero pesebre  
del servilismo te une y te sujeta;  
levanta la cerviz; destroza el yugo,  
que el polvo de la tierra  
quiere ensuciar tu rostro,  
¡Y la mancha es el signo de la afrenta!

JOSÉ MUÑOZ SAN ROMÁN

## PISTO COLEGISLADOR

Fernandito era un Tenorio recalcitrante. Lo mismo Laviña P que el café del Prado, podían atestiguar que ni en España ni Allende los mares había Espada como la suya para traspasar corazones, como podían dar fe Candelaria, Catalina y Concha Castañeda, que vivían respectivamente, en Canillejas, Villaviciosa de Asturias y Conde de Romanones (esta habitaba en Madrid). Cantaba como Gavarre; sus interjecciones eran ¡Godol, ¡Garay! y ¡Barri! y ¡Mier!... La tía era Morena; Recio, como un Muro, Lozano, como un Rosal en primavera; Gallardo, cual un Lirio de Sacromonte. Su padre fué un Herrero, Navarro, que jamás había Hurtado á nadie ni un mal Hierro. Comía sólo Manteca con pan y un poco de Limón, porque era algo Mellado. Si iba al Monte llevaba un traje de Merino, que á veces se desgarraba en un Moral del Camino, por lo cual su hijo, siendo Mozo, reñía á su padre, diciéndole: Reparaz, padre, que el mejor día os Mataix en ese sendero tan Angosto si os caéis en el Arroyo, y entonces ¡Baena la habéis hecho!

Fernandito heredó de su abuelo ideas algo raras. Un día sentóse en una Roca y á la orilla de una Laguna; Veragua y tirarse á la laguna, más ligero que una Cierva, fué cosa de un momento. Secó las ropas al Sol, cuando hizo á la orilla pie; subió una Cuesta Ochando chispas, y al llegar á Laiglesia, hizo la señal de la Cruz, y después de Besada ésta, exclamó: pa Blasco que me hubiera ahogado; no obstante, Torres más altas cayeron; á Sigura llevan preso. Atravesó una Pradera, alzó un Portillo y penetró en una Sala antigua, en uno de cuyos testers estaba el Lema de sus antepasados, que decía: este es el Gallo que recordó á San Pedro...

Vino á la Corte, y como se aproximaba Carnaval, llegó á Casa de Serra, que al verle dijo: ya Aparicio aquello; ¿qué le trae por aquí? Nada—contestó Fernandito—, que una Bibona muy guapa—Conquista nueva—, quiere ir al baile á mi Costa, y no ir al Paraíso, sino al salón á echar un Valls conmigo, beber Jerez

de Caballeros, Champagne, y á la salida unos Bañuelos.

—De lo contrario, ¿Laraña á usted!—replicó el amo de la tienda.—No; pero es tan terca—objetó Fernandito—, que si la contrario, se Estrella en la primer Calleja que encuentre. Es más fiel que un Terranova; siguiéndola la corriente, es cual el queso de Chestre; en caso opuesto, hace á cualquiera Blanco de su enfado. Yo estoy Calvo de tanto reprenderla. La digo: no Comas ni Weyles, porque comiendo mucho te expones á una indigestión, y bailando Sagasta el organismo.

Compró un capuchón que había pertenecido á un concejal; pagó Toda la cuenta, dió un duro Barroso, pero bueno, de propina, y largose á su Castillo de Miraflores á ver si las Almenas tenían algún Pasquin subversivo.

Halló la Casasola, y resolvió quedarse en Villaverde. No tengo otro Dato de Fernandito.

CARLOS M. SÁNCHEZ.

## LA HORA

No es la hora de todos y la fortuna con seso, sino la hora de la crítica militar y de los infortunios, con ó sin seso, ó sin sexo.

«Ha sonado la hora», como dicen algunos periódicos en esos fondos sin fondo, especie de *ragout* político.

Ha sonado la hora de los Tribunales y de los Sindicatos de honor.

Ya nadie está libre de verse honrado con un proceso ante un Tribunal de honor.

Donde menos se piensa aparece uno, y el que menos sospecha verse empapelado, se encuentra con que está delicado del honor.

Afortunadamente, y gracias á la sensatez de unos y á la prudencia de otros, los procesados quedan absueltos.

En España menudean los Tribunales de honor.

Y no es sólo entre militares; ya se habló de Tribunales de honor entre funcionarios civiles y aun entre funcionarios cómicos ó cantantes.

He oído que los compañeros de un actor piensan sujetarle á un Tribunal de honor artístico para depurar si es cómico ó triste y si canta de tenor ó de bajo con ronquera.

Sus compañeros le achacan varios fracasos de obras teatrales estrenadas por él, ó reestrenadas en teatros de segundo y tercer orden.

Se le acrimina asimismo de no tener ropa y de que viste mal las obras.

También se dice que le *hiede* el aliento.

En vista de todas estas condiciones, piden á las empresas que no le contraten, por ahora, sin perjuicio de proceder después contra él.

A un mi vecino, profesor de obra prima *in portalibus infidelium*, forman Tribunal de honor varias convecinas por sacudir las lanas á su esposa, dado caso que lo sea.

A un amigo mío amenaza con formarle Tribunal de Honor el casero para desahuciarle.

Anoche, en las altas horas, oí á una señorita emancipada que decía á otra, también regenerada:

—Anda de ahí, que ya sabes que te han formado Tribunal de honor, que es lo último.

Y un guardia de seguridad las amonestó diciendo:

—Señoritas, no abusen ustedes del honor.

## ESPERANZAS

(DIALOGO)

—Saldremos de este marasmo.

—Puede.

—Habrá Administración y Marina. Será un pasmo nuestra regeneración.

—¿Que habrá barcos? No te untes

—Habrá una Marina *dina*.

Ya tienes tomando apuntes al ministro de Marina.

Ya la Marina formada,

que nos tosan los ingleses.

¡Digo! ¡no va á ser Armada

la que arnemos en dos meses!

—Repito que no te untes.

—Que habrá una Marina *dina*.

Ya tienes tomando apuntes al ministro de Marina.

Vamos á hacer como enanos

y en arsenales distintos,

catorce á quince Pelayos

y otros tantos Carlos Quintos.

—Te digo que no te untes;

parece que hablas de China.

—Ya verás tú los apuntes

del ministro de Marina.

## AL SEÑOR FISCAL

En la pasada semana han sido denunciados nuestros queridos colegas *Progreso* y *Vida Nueva* «por emplear en sus escritos—según la versión oficiosa—palabras contrarias á la moral».

Pues si el señor fiscal es justo debe proceder contra los señores diputados que en la sesión de los ochenta y ocho votos prorumpían á grito pelado en horribles blasfemias capaces de escandalizar al propio Martínez Campos.

Si, velemos por la moral.

Nos parece muy bien que el señor fiscal denuncie á los periódicos que escriben en «macho»; pero como la justicia debe ser igual para todos, que se procese á esos señores diputados blasfemos.

¡Qué hermoso espectáculo! ¡Una cuerda de diputados ingresando en la cárcel!

## LO QUE DICE UN PIECECITO DESNUDO

La chiclela—que en sueños creyérase ahijada de hadas—despertó en la camita de su dormitorio. La lámpara, pendiente del techo, esparcía una luz dulce, amable, acariciadora, una luz que no acierta á distinguir bien los objetos, débilmente iluminados. Todos los pequeños lechos, semejan alegres sepulturas blancas. La chiclela no puede dormirse. «¡Marta! ¡Marta! ¡Armandita! ¡Juñica!» Nadie responde. Imposible parece que se tenga el sueño tan pesado. Y resulta muy aburrido estar desvelada, cuando no hay con quien charlar. La niña se da cuenta de una cosa: por debajo de la manta coge con las dos manos su pie derecho; lo atrae, lo levanta, lo mira en la tenue claridad. Pie diminuto, lindo, remata de una delgada pierna por donde se escurre la camisa. Tiene el color de la cera, mezclado con gotas de sangre de la flor del agabanzo; y, cuando se aborotan los dedos, con vivacidades de menguado polichinela, el piececito adopta un aire muy malicioso. La muchacha conversa con su pie desnudo. Y el dedo gordo le dice en tono grave:

«Señorita, me parece muy mal no dormir á tales horas. El remordimiento de no haber cumplido sus deberes, ¿es acaso la causa de su turbación? Ha de saber usted que es necesario trabajar en grande para tener contentos á sus papás y para hacerse acreedora á muchos premios el día de la distribución.»

¡Vaya! ¡Habrás visto dedo más fastidioso! Habla como el señor cura. En castigo le da un manotón y le pone una geta muy larga. Y consulta al otro dedo:

«Sí, creo que el rosa le sienta á usted mejor que el verde pálido. Pero antes hace falta hacer dos abolladuras en el corsé, porque tiene usted el pecho un poco liso.»

La joven medita:

«Tiene razón; le diré á mi abuela que quiero un vestido rosa.» Y exclama el tercer dedo: «El día de Reyes se verificará un baile en casa de vuestra prima. A buen seguro que Alfredo la invitará á usted á bailar ¡Y poco guapo que está Alfredo con su uniforme de Santa Bárbara! ¿No lo ha notado usted? Pues le asoma ya, sobre las comisuras de los labios, algo rubito é imperceptible casi... Me explicaré mejor: el bigote.» La chiclela repite: «El bigote... el bigote... Alfredo...» Veamos lo que dice el cuarto dedo: «Ha estado usted muy torpe en las últimas vacaciones, no queriendo ir con él al jardín, mientras las otras bailaban; le hubiera hablado á usted en voz baja; hubiera usted sentido su bigote muy cerquita de los labios, y como los alumnos de Santa Bárbara son tan sabiondos, le hubiera á usted enseñado muchas cosas... ¿Qué cosas?—pregunta la muchacha—. ¡Oh!, no sé. Pero ahí está el dedo menique, tan chiquirritito, que lo sabe todo.» La joven dice: «Dedo menique, habla, dime esas cosas que sabes, dime lo que Alfredo me hubiera enseñado en el jardín.» Pero el dedo menique tiene una voz tan fina que apenas se oye; no cabe duda, habla, más la chiquilla no se entera de lo que dice. Entonces, dobla presurosa la pierna, acercando el pie hasta su oreja... Y el dedo menique habla que te habla... Las mejillas de la muchacha están encendidas, el pie aprisionado recobra su libertad, hunde la cabeza en la almohada y no logra dormirse, envuelta en la luz que allá lejos esparce la lámpara, luz tan suave que parece no enterarse de nada.

CATULO MENDES.

## LIBROS

*La Universidad de Salamanca y la cultura española en el siglo XIX.* Conferencia inaugural, primera de las de lengua castellana, pronunciada en la Sorbonne (en la Sorbonne, ¿se entera, doña Emilia?), por D. Isidoro L. Lapuya.

Yo diría muchas cosas, si la maldita política me lo permitiera, de este hermoso libro.

López Lapuya es un cultísimo escritor, de mucha miga y de mucha corteza—como escribiría Catalina—, que representa mejor á España en París que el *consecuente* embajador de todos los partidos, Sr. León y Castillo.

¡Enhorabuena, amigo Lapuya!

El segundo cuaderno del *Diccionario Popular Enciclopédico*, que hemos recibido, prueba al cumplimiento de lo que ofrece en su prólogo. Es una enciclopedia completa y sintética, muy útil para todos los hombres ilustrados.

Toda la correspondencia debe dirigirse á la Dirección, Palma, 55, imprenta.

Imprenta de Antonio Marzo, Pozas, 12